


REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Lorenz, Federico: *Algo parecido a la felicidad. Una historia de la clase trabajadora durante la década del setenta (1973-1978)*, Buenos Aires, Edhasa, 2013.

Hernán Eduardo Confino

IDAES/Universidad Nacional de San Martín

hernan_confino@hotmail.com

La historia reciente pareciera definirse, paradójicamente, por el presente. Sus procesos —y efectos— continúan hasta hoy. Y la evocación de ese pasado al que refiere se produce, también, desde la actualidad. Tal vez por esa imbricación con su época la investigación de la historia reciente deba ser legitimada continuamente. Pero las condiciones subjetivas que subyacen a la intervención sobre ese pasado cercano son comunes a toda la disciplina, independientemente de la época a la que refieran. La historia reciente, entonces, funciona como una caja de resonancia que amplifica —nada más, pero nada menos— los posicionamientos políticos que delimitan cualquier aproximación histórica.

El historiador especializado en la década del setenta, entonces, se ve compelido a explicitar su lugar de enunciación más que ningún otro, puesto que, en la medida en que hay testigos vivos de las experiencias evocadas, la autoridad sobre su saber está continuamente puesta en duda. Sobre sus espaldas pesan los muertos por el terrorismo estatal, la violencia instrumental, los proyectos políticos en pugna.

Federico Lorenz se hace eco de las problemáticas metodológicas que atañen a cualquier intervención histórica sobre el pasado reciente, y por ello presenta dos dimensiones en su obra que se encuentran vigorosamente relacionadas y retroalimentadas: por un lado, la propiamente histórica, que implica la reconstrucción de la trayectoria de una agrupación sindical en el contexto de la década del setenta. La segunda, la dimensión metodológica que —con referencias teóricas brindadas por Gramsci, Ginzburg y Thompson— problematiza la forma de hacer historia sobre las clases subalternas y el pasado reciente, contemplando la agencia de los sujetos involucrados.

Algo parecido a la felicidad. Una historia de la clase trabajadora durante la década del setenta (1973-1978) configura un estudio de caso sobre la agrupación sindical que se consolida al calor de la toma de la fábrica Astilleros Argentinos Río de la Plata S.A. (Astarsa), en Tigre, como consecuencia de la muerte de un obrero durante sus faenas cotidianas. Dicha agrupación —luego llamada José María Alesia en homenaje al trabajador fallecido— se inserta en las estructuras de la Juventud Trabajadora Peronista (JTP), frente de masas perteneciente a la organización político-militar *Montoneros*. La toma de la fábrica tiene lugar la noche previa a la asunción de Cámpora, y concluye con la victoria obrera. Se construye como un hecho fundacional, no sólo por su éxito, sino también por ser la primera medida de fuerza que transcurre durante el gobierno de Cámpora. Logró, por fin, habilitar como sujetos políticos con reivindicaciones propias a quienes la llevaron adelante.

Los tres apartados en los cuales está organizado el libro —sumados a una introducción y un epílogo— dan cuenta del recorrido político de la Agrupación Naval José María Alesia, tanto desde los antecedentes que confluyeron en su formación, como de la lucha política desarrollada al interior del astillero, y su derrota a manos del terrorismo estatal. La obra tiene la virtud de enseñar los matices que presentan los distintos espacios de militancia que constituyen la esfera política obrera: el territorio, la fábrica y las casas de familia. A través de un trabajo microhistórico sobre la lucha sindical en el marco de la década del setenta, Lorenz reconstruye significados y representaciones que la trascienden por completo. En el transcurso de la investigación, varias son las referencias que aportan sobre la significación de la cultura obrera, las formas de militancia, la violencia instrumental como metodología de la lucha política, la represión paraestatal y estatal, entre

otras líneas de fuerza que horadan el período. La elección de la escala también permite descubrir tensiones propias de la dinámica histórica que en un cuadro totalizante probablemente se perderían en pos de lograr aseveraciones de orden más general.

En la introducción, llamada “Tema y perspectiva”, el historiador circunscribe el objeto de estudio, y presenta la metodología de la que se valdrá para abordarlo. Si bien explorará “la historia de la conformación de la experiencia de los trabajadores entre finales de la década del sesenta y el año 1978” (p. 14), lo hará en constante dialéctica con el contexto más amplio que se edifica en torno a esos años. En este sentido, la obra aporta en las significaciones sobre la violencia política, el terrorismo de Estado, pero también analiza la relación entre Montoneros y sus frentes de masas. Cuestiona la visión más canónica de la historiografía sobre la temática, entronizada hace treinta años por Gillespie, que las presenta como antagónicas y contradictorias desde sus inicios. En torno a la figura del *guerrillero fabril* construida en esos años por las fuerzas represivas, se condensan significados que permiten articular ambas aristas de militancia. Como sostiene Lorenz, la idea es pensar la interacción de *Montoneros* y sus frentes sindicales “como un espacio de articulación de experiencias y prácticas de lucha política” (p. 14).

El marco temporal de la investigación, que el historiador extiende hasta la destrucción total del proyecto político de la agrupación en 1978, permite comparar —tanto en términos de continuidades como de rupturas— la represión y disciplinamiento de la fuerza de trabajo que llevó adelante la dictadura con respecto a las prácticas políticas violentas que se habían desarrollado en los años previos. La represión que se inicia antes de 1976 no es la misma que la ejercida con la sistematicidad de la totalidad del aparato de Estado, pero este enfoque permite llamar la atención sobre determinados mecanismos presentes en la resolución de conflictos políticos con anterioridad al advenimiento del golpe militar.

Lorenz asume los límites que impone al investigador el estudio de los sectores subalternos. Siguiendo los aportes del teórico italiano Antonio Gramsci, el autor sostiene la dificultad que entraña el estudio de iniciativas autónomas del movimiento obrero —y de los sectores subalternos en su totalidad— al hallarse mediadas por la intervención de las élites. La historia de la clase obrera, entonces, se construye fragmentada y mediada por la cultura dominante, con lo cual el estudio

intensivo de sus experiencias en un espacio acotado es una de las alternativas metodológicas posibles en busca de su emancipación política. Ecos benjaminianos resuenan en esta idea de leer la historia a contrapelo, hurgar en sus intersticios, devolverle la agencia a quienes siempre han sido considerados predicados de las acciones de las élites.

La metodología de la que se vale Lorenz para su investigación, parte de un abordaje cualitativo que contrasta fuentes orales —testimonios de diversos actores de la época— con fuentes escritas, como la prensa pública y la partidaria e, incluso, los archivos de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPBA), reservorio privilegiado que cuenta con importantes publicaciones políticas y volantes, “muchos de ellos de carácter artesanal y efímero, preservados paradójicamente para la posteridad por quienes los combatían” (p. 16). De esta manera, la pluralidad de fuentes enriquece el trabajo que aporta en el entendimiento de la experiencia obrera en los marcos más amplios de la década del setenta.

El autor asume las proyecciones políticas que pesan sobre los historiadores especializados en la década del setenta y orienta sus esfuerzos a problematizar la práctica histórica y su propio lugar de enunciación. Así, y con la excusa del accidente —episodio un tanto dudoso— del obrero Alesia, brinda claves de lectura sobre la década. Se pregunta por la posibilidad de algún tipo de agencia en la muerte del trabajador y, despojándose de valoraciones morales, ubica en la reconstrucción del contexto la posibilidad de aportar sobre el interrogante más amplio que subyace al accidente: la violencia instrumental para la concreción de objetivos políticos. Su intención no es otra que la de exorcizar las percepciones históricamente inadecuadas que llevarían a considerar la violencia desde un sesgo moral, y por encima de cualquier otra circunstancia, perdiendo de vista los condicionantes que la rodean y, en última instancia, obstaculizando su comprensión.

La primera de las tres partes que componen la investigación, llamada “Fundación (finales de la década del sesenta-mayo de 1973)” recorre los embriones de la Agrupación Naval José María Alesia y reconstruye el contexto en el cual se desarrollan las prácticas estudiadas. Mediante diversos testimonios de participantes de la experiencia, el autor se inmiscuye en el mundo del trabajo y en los espacios de militancia que se articularon en torno a la fábrica. A partir de la toma de Astarza en 1973, recrea el contexto más amplio de la “primavera camporista” y presenta a los persona-

jes que van a guiar la construcción del relato histórico. El conflicto sindical que se vivía en las instalaciones del astillero se presta como la coyuntura propicia para abordar un tópico más amplio, el del enfrentamiento entre las bases radicalizadas con la conducción sindical alineada con la CGT, de posición negociadora con los sectores patronales.

La toma se presenta como un hito en la conformación de la experiencia de la lucha obrera en tanto que permite a los obreros constituirse como sujetos políticos. En este proceso, el autor establece las primeras aproximaciones en torno a un eje que se desplegará a lo largo de toda la investigación: la relación entre la Agrupación Naval y Montoneros. Lorenz caracteriza la pertenencia de la Agrupación Naval Alesia a la estructura del frente sindical de masas de la Juventud Trabajadora Peronista (JTP) montonera: “No se trató de un hecho oportunista sino del salto en una estrategia de construcción política por parte de las organizaciones armadas, que explotó e impulsó un conflicto gremial basándose en un trabajo de organización previo: la pertenencia a la JTP...” (p. 32). La dinámica histórica se torna un elemento indispensable para entender las configuraciones políticas que operaron en la relación de Montoneros con las luchas sindicales. De aquí que el principal punto de conflicto para el autor no se despliegue en la concepción de los frentes de masas por la organización político militar, sino en la modalidad en la cual se desarrollaron en el proceso histórico.

Luego de introducir las vinculaciones entre la Agrupación Naval y Montoneros, el historiador se aboca hacia la reconstrucción del mundo obrero y su contexto, y bucea en los últimos años de los sesenta y los primeros del setenta para encontrar los afluentes que conformarían la Agrupación Naval. Una de sus hipótesis principales considera que la fuerza y legitimidad de la agrupación naciente se debió a los profundos intercambios sucedidos entre los diversos espacios de militancia, como el territorial, el afectivo y el laboral. Lorenz recupera las tradiciones de lucha que abrevan en la conformación de la agrupación y entiende la radicalización de las prácticas políticas que opera en la década del setenta a la luz de los acontecimientos que se suceden en la década previa, tanto en la militancia territorial derivada de la Resistencia Peronista, como del sindicalismo clasista, consolidado en torno al Cordobazo. La tensión que se sucede entre la tradición ideológica y política, y una identidad que procede del quehacer cotidiano en la fábrica, se configuran como óptimas para vislumbrar la complejidad de los vínculos militantes de aquella época.

La segunda parte de la obra, “Contra la Santísima Trinidad (otoño de 1973-otoño de 1975)”, explora propiamente la experiencia de la lucha que se inicia previamente a la toma del astillero, pero que toma consistencia orgánica a partir del éxito de la misma. En este apartado, el historiador se centra en recuperar el sentido del clasismo sindical y dos aspectos son subrayados: por un lado, que el sindicalismo clasista no se presentaba como una alternativa a la identidad peronista, sino que implicaba “un avance en el control de los obreros sobre sus estructuras sindicales” (p. 116). Por el otro, que se constituyó como catalizador en la articulación de los distintos espacios de militancia, en tanto que proponía la extensión de la lucha desde el espacio fabril hacia otros ámbitos.

Con respecto a la conformación de la organización, Lorenz se sitúa en sintonía con el concepto de experiencia esbozado por el historiador inglés E.P. Thompson, y localiza sus vínculos fundantes en el quehacer cotidiano y las reivindicaciones concretas, antes que en las definiciones ideológico-políticas. Destaca varios planos que entran en juego para conquistar las lealtades de los trabajadores pero, sin duda alguna, se inclina por los motivos afectivos y los surgidos al calor de la experiencia cotidiana, antes que por cuestiones políticas de más largo aliento: “una identidad construida en base a la práctica común y sustentada, muchas veces, en valores éticos antes que políticos” (p. 126).

A medida que se desarrolla el enfrentamiento contra la “Santísima Trinidad” —la patronal, la burocracia sindical y la Triple A—, el grado de violencia de las prácticas aumenta, condicionando la participación de más trabajadores, apartados por el miedo. En ese grado de violencia, que se correspondía con un salto cualitativo en las formas de lucha, Lorenz observa el “tramado complejo entre la militancia sindical y la militar” (p. 178) que caracterizaría la forma de hacer política hacia mediados de la década del setenta. Este complejo tramado generaría una crisis al interior de la agrupación hacia el año 1975, cuando Montoneros exigiera a los navales una mayor disciplina que la que estaban dispuestos a mostrar, en tanto pertenecientes a la JTP montonera.

En el tercer apartado, titulado “Destrucción (invierno 75-invierno 78)” el autor aborda la suerte de la Agrupación Naval en los momentos de mayor avanzada represiva y considera los efectos de la represión sobre el mundo del trabajo. El seguimiento de un caso como el de Tigre le per-

mite complejizar sobre la modalidad de las luchas militantes y de la represión, y sobre la relación entre la agrupación sindical y Montoneros.

Este contexto de avanzada represiva que se cernió sobre la clase obrera desde 1975 permite a Lorenz relativizar el corte abrupto que supone el golpe de Estado de 1976 en las memorias sobre la década del setenta. Cuestiona la justeza de la periodización así establecida puesto que: “por un lado, mantiene la fecha fundacional decidida por la represión para consolidar un modelo de exclusión en la Argentina, y por el otro ignora la experiencia de la clase trabajadora, cuyo disciplinamiento fue uno de los principales objetivos del golpe” (p. 230). Así, y con respecto al inicio de las prácticas represivas, “La historia de la Agrupación Alesia obliga a retrotraer esa fecha varios meses atrás” (p. 230), y “Abre gran cantidad de preguntas acerca del amparo del Estado democrático a dicha represión, así como sobre las actitudes de los partidos políticos y sectores dominantes ante la matanza” (p. 230).

El éxito de la represión puede localizarse, no sólo en el aumento de los secuestros y desapariciones, sino también en su intencionalidad de profundizar el aislamiento entre los sectores obreros y las vanguardias militarizadas. En conclusión, los mismos lazos que habían fortalecido el reclamo y la acción política en torno a la toma de la fábrica, fueron quebrados por la eficacia de la represión. Sin las relaciones afectivas que potenciaban la unión en la cotidianeidad, y sin el espacio fabril que operaba de escenario de dichas relaciones, la resistencia obrera fue totalmente desarticulada y su proyecto político violentamente vencido.

La tarea del historiador “debe dirigirse a reponer las condiciones para volver inteligible un hecho que desde los paradigmas de la propia memoria y moral es incomprensible o injustificable (p. 18)”. La Historia como dotadora de sentidos permite, en la pluma de Lorenz, evitar valoraciones que, en lugar de complejizar las explicaciones y ampliar el entendimiento sobre los sucesos pasados, las cercenarían con sentencias axiológicas. No significa que el historiador oblitere la dimensión política de su labor, sino que la explicita eliminando ambigüedades. “La ideología no dice

nunca ‘soy ideológica’”,¹ señalaba Louis Althusser precisamente en los setenta; Lorenz coincide con el argelino, no eliminando la ideología —lo que por otra parte es imposible, en tanto es constitutiva de las construcciones subjetivas—, sino delimitándola claramente, lo que permite atenuar las segundas intenciones, tan comunes en las representaciones en relación a los escritos sobre los setenta.

El epílogo del libro, que versa sobre el accidente que acabó con la vida de José María Alesia revela la concepción de la práctica histórica que posee el autor. Casi como un manifiesto antiposmoderno, Lorenz afirma “Pese a que resulte obvio, creo necesario afirmar que es posible desde la historia alcanzar cierto grado de verdad” (p. 308), y el historiador Carlo Ginzburg sirve a su propósito con la distinción entre *verdad verificada* y *posibilidad*. Para el italiano —y también para Lorenz— el contexto es el lugar idóneo para reponer aquellas cuestiones sobre las que los documentos callan. En este sentido, el contexto desplegado en el recorrido de *Algo parecido a la felicidad* limita objetivamente las posibilidades históricas que, sin embargo, son siempre muy numerosas. A fin de cuentas, el accidente no es más que un pretexto que permite echar luz sobre interrogantes más acuciantes del pasado cercano, que se configuran en su condición de posibilidad y entendimiento. En este sentido, la intervención de Lorenz permite ampliar la comprensión sobre la violencia política que surcó la década del setenta, sin perder de vista el contexto en el que se desarrolló y la dinámica histórica que, en última instancia, es la principal protagonista de dicha comprensión.

1 Althusser, Louis: *Ideología y aparatos ideológicos de Estado. Freud y Lacan*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2003, p. 56.